

EN VOZ ALTA

Lo que a continuación transcribimos es una somera síntesis de la forma criminal que se dio desde su nacimiento el Comunismo Internacional.

No creemos necesario el desarrollo de mayores conceptos en esta introducción, dado que los hechos que se expresarán hablan por sí solos y no ameritan otro comentario que su propia lectura.

Esto es parte de lo que nos ocultaron y nos ocultan nuestros comunistas vernáculos, especialmente aquellos disfrazados de defensores de los derechos humanos y erigidos en “adalides” de su defensa, tal como lo hace, a título de ejemplo, el suplente de Senador comunista el abogado Oscar López.

**Tte. Cnel. José N. Gavazzo
Prisionero Político**

EL PARTIDO COMUNISTA (III)

La relación entre nazismo y comunismo por lo que se refiere a sus exterminios respectivos, resulta susceptible de causar sorpresa. Sin embargo fue Vassili Grossman – cuya madre fue asesinada por los nazis en el ghetto Berdichev, que escribió el primer texto sobre Treblinka y fue uno de los autores del Libro Negro sobre el Exterminio de Judíos en la URSS -, quien en su relato “Todo Pasa” uno de sus personajes dice en relación con el hambre en Ucrania: “Los escritores y el mismo Stalin decían todos lo mismo: los kulaks (campesinos clase media) son parásitos, queman el trigo, matan a los niños. Y se nos afirmó sin ambages: hay que levantar a las masas contra ellos y aniquilar a todos esos malditos como clase”. Añade: “Para matarlos había que declarar: los kulaks no son seres humanos. Era exactamente igual que cuando los alemanes decían: los judíos no son seres humanos. Es lo que dijeron Lenin y Stalin: los kulaks no son seres humanos”. Y Grossman concluye a propósito de los hijos de los kulaks: “Es como los alemanes que mataron a los hijos de los judíos en las cámaras de gas: no tenéis derecho a vivir, ¡sois judíos!”.

En cada caso los golpes no fueron individuos sino grupos. El terror tuvo como finalidad exterminar a un grupo designado como enemigo, que, ciertamente, sólo constituía una fracción de la sociedad, pero que fue golpeado en cuanto tal por una lógica genocida. Así, los mecanismos de segregación y de exclusión del “totalitarismo de clase” se asemejan singularmente a los del “totalitarismo de raza”. La sociedad nazi futura, debía ser construida alrededor de la “raza pura”, la sociedad comunista futura alrededor de un “pueblo proletario purificado de toda escoria burguesa”. La remodelación de estas dos sociedades fue contemplada de la misma manera, incluso aunque los criterios de exclusión no fueran los mismos. Resulta, por lo tanto, falso, pretender que el comunismo sea un universalismo, aunque el proyecto tiene una vocación mundial, una parte de la humanidad es declarada indigna de existir, como sucedía en el nazismo. La diferencia reside en que la poda por estratos (clases) reemplaza a la poda racial y territorial de los nazis. Los crímenes comunistas y la experiencia camboyana, plantean, por lo tanto, a la humanidad – así como a los juristas y a los historiadores – una cuestión nueva: ¿Cómo calificar el crimen que consiste en exterminar por razones político – ideológicas, no ya a individuos o a grupos limitados de opositores, sino a segmentos masivos de la sociedad? ¿Hay que inventar una nueva denominación? ¿Será preciso llegar hasta el punto, como lo hacen los juristas checos, de calificar los crímenes cometidos bajo el régimen comunista de simplemente “crímenes comunistas”?

¿Qué se sabía de los crímenes del comunismo? ¿Qué se quería saber? ¿Por qué ha sido necesario esperar hasta el final del siglo XX para que este tema acceda a la condición de objeto de estudio científico? Porque resulta evidente que el estudio del terror comunista, comparado con el estudio de los crímenes nazis, presenta un enorme retraso que hay que compensar, incluso aunque en el Este los estudios se multipliquen.

Resulta inevitable sentirse sobrecogido por un fuerte contraste. Los vencedores de 1945 (de la II Guerra Mundial) colocaron legítimamente el crimen – y en particular el genocidio de los judíos – en el centro de su condena al nazismo. Numerosos investigadores en el mundo entero trabajan desde hace décadas sobre este tema. Se le han consagrado millares de libros, decenas de películas, algunas de ellas muy célebres y con perspectivas muy distintas, como “Noche y Bruma”, o “Shoah”, “La Decisión de Sophie” o “La Lista de Schindler”. Raul Hillberg, por citar sólo a él, centró su obra más importante en la descripción detallada de las formas de asesinato de los judíos en el III Reich. Para quien le pueda interesar la obra se denomina: “La Destruction des Juifs d’ Europe” – Ediciones Fayard 1988.

Ahora bien, no existen análisis de este tipo en relación con la cuestión de los crímenes comunistas. Mientras que los nombres de Heinrich Himmler o de Adolf Eichmann son conocidos en todo el mundo como símbolos de la barbarie contemporánea, los de Feliks Dzerzhinsky, Guenrij Yagoda o Nikolay Yezhov, son ignorados por la mayoría.

En cuanto a Lenin (Vladimir Ilich Ulianov), Ho Chi Minh e incluso Stalin (Iossif Dzhugashvili), siguen aún teniendo derecho a una sorprendente reverencia. Tan es así que un organismo del Estado francés, la Lotería, tuvo incluso la inconsciencia de asociar a Stalin y a Mao a una de sus campañas publicitarias. ¿A quién se le habría ocurrido utilizar a Adolf Hitler o a Joseph Goebbels en una operación similar?.

La atención excepcional otorgada a los crímenes hitlerianos está perfectamente justificada. Responde a la voluntad de los supervivientes de testificar, de los investigadores de comprender y de las autoridades morales y políticas de confirmar los valores democráticos. Pero ¿por qué ese débil eco en la opinión pública de los testimonios relativos a los crímenes comunistas? ¿Por qué ese silencio incómodo de los políticos? Y, sobre todo, ¿por qué ese silencio “académico” sobre la catástrofe comunista que ha afectado, desde hace ochenta años, a cerca de una tercera parte del género humano? ¿Por qué esa incapacidad para colocar en el centro del análisis del comunismo, un factor tan esencial como el crimen, el crimen en masa, el crimen sistemático, el crimen contra la humanidad? ¿Nos encontramos frente a una imposibilidad de comprender? ¿No se trata más bien de una negativa deliberada de saber, de un temor a comprender?

Las razones de esta ocultación son múltiples y complejas. En primer lugar ha tendido su papel la voluntad clásica y constante de los verdugos de borrar las huellas de sus crímenes y de justificar lo que no podían ocultar.

El “informe secreto” de Nikita Jruschov de 1956, que constituyó el primer reconocimiento de los crímenes comunistas por los mismos dirigentes comunistas, es también el de un verdugo que intenta a la vez enmascarar y cubrir sus propios crímenes – como dirigente del Partido Comunista en el período más acentuado del terror – atribuyéndoselos sólo a Stalin y prevaleciéndose de la obediencia a las órdenes, para ocultar la mayor parte del crimen – sólo habla de las víctimas comunistas, mucho menos numerosas que las demás – para hacer comentarios eufemísticos sobre estos crímenes – los califica de “abusos cometidos bajo Stalin” - y, finalmente, para justificar la continuidad del sistema con los mismos principios, las mismas estructuras y los mismos hombres.

Contra todos aquellos que quisieron poner luz sobre los crímenes del comunismo y por lo tanto sobre la conciencia humana, los verdugos desplegaron en un combate sistemático todo el arsenal de los grandes Estados modernos capaces de intervenir en el mundo entero. Alexandr Solzhenitsyn, Vladimir Bukovsky, Grigori Zinoviev, Leonid Plyuch, fueron expulsados de su país. Andrei Sajarov fue exiliado a Gorky, el General Piotr Grigorenko fue arrojado a un hospital psiquiátrico, Harkov fue asesinado valiéndose de un paraguas envenenado.

A diferencia de la tragedia judía, donde la comunidad judía internacional ha adquirido el compromiso de conmemorar el genocidio, durante mucho tiempo ha resultado imposible para las víctimas del comunismo y para sus descendientes, mantener una memoria viva de la tragedia, al estar prohibidas cualquier conmemoración o solicitud de reparación.

Nuestros comunistas autóctonos con el abogado Oscar López en primer lugar, si fueran honrados en su pensamiento, deberían decirle a la gente todas estas cosas que sucedieron dentro de su propio Partido Comunista, que por su internacionalismo, los hace tan culpables como los propios ejecutores, tanto de las políticas de exterminio masivo como de quienes las llevaron a cabo físicamente, mas allá de los hechos concretos que ocurrieron en nuestro país.

Pero no le pidamos peras al olmo, pues frente a la propaganda comunista, Occidente durante mucho tiempo dio muestras de una ceguera excepcional, enredado a la vez por la ingenuidad frente a un sistema particularmente retorcido, por el temor del poderío comunista y por el cinismo de los políticos y de los especuladores. Hubo ceguera en la Conferencia de Yalta, cuando el Presidente Roosevelt abandonó a Europa del Este a Stalin a cambio de la promesa, redactada en buena y debida forma, de que este convocaría de la manera más rápida a elecciones libres. El realismo y la resignación se dieron cita en el encuentro de Moscú, cuando, en diciembre de 1944, el General Charles De Gaulle cambió el abandono de la desgraciada Polonia a Moloc por la garantía de paz social y política, asegurada por un Maurice Thorez regresado a París.

Esta ceguera se vio afirmada porque los comunistas occidentales y muchos hombres de izquierda diseminaban la idea que estos países estaban “construyendo el socialismo”, que esa utopía, que en las democracias alimentaba conflictos sociales y políticos, se convertía “allí” en una realidad cuyo prestigio había subrayado Simone Weil: “Los obreros revolucionarios están demasiado felices de tener a sus espaldas un Estado, un Estado que confiere a su acción ese carácter oficial, esa legitimidad, esa realidad, que sólo confiere el Estado y que al mismo tiempo está situado muy lejos de ellos geográficamente, para poder asquearlos”.

A la ignorancia, querida o no, de la dimensión criminal del comunismo, se añadió, como siempre, la indiferencia de nuestros contemporáneos por sus hermanos humanos.

Como corolario de lo expresado hasta el momento, podemos decir, sin forzar ningún término ni ninguna palabra, que los comunistas uruguayos, aunque mas no sea por complicidad ideológica o encubrimiento de los terribles crímenes contra la Humanidad cometidos por los Partidos Comunistas agrupados en la Internacional Comunista, de la cual fueron siempre parte, no sólo están inhibidos moralmente de acusar a nadie de nada en ninguno de los campos en que actúan, sino que deberían confesar todos estos crímenes y pedir perdón por ellos.

Con Oscar López a la cabeza.



**ACTO DEL FRENTE AMPLIO – PLAZA SAN
FERNANDO – MALDONADO – AÑO 2009**